

Pocos escritores argentinos encarnan tan bien el mito del artista torturado, incomprendido, improvisado y nunca reconocido como lo hizo Roberto Arlt. En esta biografía —la primera en publicarse en cincuenta años— Sylvia Saïtta se propone desmitificar esta construcción e iluminar a Arlt no sólo como autor sino, sobre todo, como figura histórica.

En este libro —resultado de una investigación de varios años—, Saïtta descubre a un escritor que representa una nueva figura de intelectual, producto de la masificación y la comercialización de la prensa y de la literatura, tensionado por las definiciones estéticas y políticas de la época que le tocó vivir. Su vida, su obra y su entorno definen un aspecto fascinante de nuestra sociedad durante la primera mitad del siglo XX.

En la actualidad, el creador de personajes tan reconocibles como Remo Erdosain o Silvio Astier está definitivamente instalado en el sistema literario argentino. Gracias a esta biografía lúcida y abarcadora, podremos rever, desde ángulos diversos, la complejidad de su vida y de su obra literaria que todavía hoy plantean una infinidad de preguntas sin respuestas.

SYLVIA SAÏTTA



EL ESCRITOR EN EL
BOSQUE DE LADRILLOS

— SYLVIA SAÏTTA —



EL ESCRITOR EN EL
BOSQUE DE LADRILLOS

—
UNA BIOGRAFÍA
DE ROBERTO ARLT

ISBN 950-07-1772-7



9 789500 1717

888.900
A76648

Impreso en la Argentina

Editorial Sudamericana

4. Los trabajos y los días

De Flores al centro, pasando por Caballito... Atrás quedan las poco atractivas páginas de los diarios parroquiales; atrás incluso quedan las columnas quincenales en la revista *Don Goyo*. Después de fugaces pasos por *Última Hora*, Arlt ingresa al staff de redacción del diario *Crítica* como cronista de la página de policiales, donde comparte un escritorio desvencijado, con cortinas de madera, con Edmundo Guibourg, que escribía las crónicas de teatro, y con Luis Góngora, que cubría los espectáculos del Colón. No se trata sólo de un trabajo estable: ser parte de la "muchachada" de *Crítica* es también ser parte de una experiencia compartida que se construye tanto en el mítico caserón de la calle Sarmiento primero y en el imponente edificio de la Avenida de Mayo después, como en las tertulias que transcurren hasta altas horas de la madrugada en El Puchero misterioso, un fondín de Talcahuano y Cangallo, en La Brasileña, un bar de la calle Maipú, o en Los Inmortales de Corrientes. Conciliábulo de hombres solos, que debaten con idéntico interés los acontecimientos políticos del día, los últimos estrenos teatrales, las novedades periodísticas de la jornada, como los chismes más triviales del ambiente cultural de los años veinte. Roberto Tálice, por ejemplo, recuerda a Roberto Arlt levantando desaforadamente el tono de voz para imponer sus temas de conversación: la radiovisión, la radiotelefonía, las últimas prácticas de televisión, el nacimiento de Julio Verne, según él, verdadero profeta de las conquistas de la técnica y de la ciencia.¹

Además, trabajar en la página de policiales lo lleva a recorrer zonas de la periferia, sumergirse en los bajos fondos de la ciudad, conocer personalmente a delincuentes, proxenetas y ex convictos. Es así como en uno de los prostíbulos del bajo conoce a Noé Trauman, regente de varios lupanares. Noé Trauman era un anarquista nacido en Polonia, que había llegado a Buenos Aires en mayo de 1906 y que, sin abdicar de sus ideales anarquistas, se pone a la cabeza de una pequeña mutual judía: la Sociedad Israelita de Socorros Mutuos "Varsovia", a la que termina convirtiendo en la maquinaria puesta al servicio de la trata de blancas conocida como la "Zwi Migdal". Trauman encarnaba un caso extravagante; su doble

condición de ácrata y de rufián no parecía una contradicción. Con él, Arlt mantiene varias entrevistas en la confitería Las Violetas de Medrano y Rivadavia, donde conversan durante horas, mientras beben Pernaud. Trauman le cuenta extensos tramos de su vida y Arlt escucha sin pronunciar palabra alguna: en esos relatos y en la figura de Trauman, se basa para construir el personaje de Haffner, el Rufián Melancólico de *Los siete locos*.²

Bajo las órdenes de los jefes de sección Eduardo Costa, Gustavo Germán García y Silveiro Manco, Arlt se convierte en uno más de los numerosos cronistas, soplones, falsos detectives y hasta ex delincuentes que cubren los sucesos policiales del día. Porque son muchos: trabajar en el diario que hizo del crimen y del delito uno de los ejes centrales en la construcción de un nuevo modelo de crónica periodística implica cubrir todo crimen, robo, asalto, violación, venganza, incendio, estafa o accidente capaz de conmover a la opinión pública. Y allí va Arlt, con un fotógrafo y un anotador en mano, listo para cubrir una noticia que, en muchos casos, dista de ser una empresa fácil: en una ocasión, la existencia de avisos telefónicos de suicidas que anuncian a *Crítica* su decisión, lo convierten en el protagonista de un "salvataje":

Hoy, el redactor de nuestro diario Roberto Arlt y el fotógrafo José Chiapetti, citados por una pre-suicida, en su departamento de la calle Uruguay, evitaron la muerte de ésta, desarmándola en circunstancias en que pretendía descerrajarse un tiro en la sien. Dado lo extraordinario del desarrollo de la aventura, ofrecemos esta crónica ilustrada a nuestros lectores, que no dudamos se darán cuenta que el oficio de periodistas no es de rosas ni de flores.³

Efectivamente: las fotos registran a una mujer peleando a brazo partido con un atribulado Roberto Arlt, que intenta quitarle el revólver de las manos...

Ese 1927 transcurrido en la redacción de *Crítica* es un duro año para Arlt: la muerte, y no sólo la de las crónicas policiales que registra diariamente, pareciera rondarlo. El 4 de marzo muere su padre Carlos Arlt, de una angina de pecho, a los 57 años de edad en su domicilio de Canalejas 2137, del barrio de Flores.⁴ No parece importarle mucho: dicen que Arlt se quedó dormido en el velorio; dicen también que cuando lo despertaron, reprochándole su desinterés, Arlt respondió: "¿Y si mi padre era un hijo de puta en vida, por qué no va a serlo después de muerto?".⁵ Pero el 8 de octubre de ese mismo año, muere su otro padre, Ricardo Güirald-

des, a quien Arlt dedica su tristeza y su homenaje en una nota publicada en *Crítica*: "La muerte de Ricardo Güiraldes ha causado una impresión extraordinaria entre todos los que lo hemos conocido. Y se explica. Su vida íntima era tan perfecta como su obra y la permanencia de ese eco puesto de manifiesto en todos sus actos llegó a construirlo en atmósfera de señorío adorable, un verdadero empaque simbólico, cuya seducción era irresistible. Esta era la impresión que este hombre causaba al enfrentársenos. Físicamente era de pequeña estatura, pero recio, bien plantado, de color ce-trino. Bajo la frente como retobada en encontronazos de espacio, surgía la nariz de gavilán y este perfil bravo pulido por el viento y por el sol, daba la apariencia de 'mocito matrero', de gauchito tras-plantado a la ciudad por cuyas calles caminaba con un ligero balanceo de hombre acostumbrado al caballo".⁶

De la obligación de escribir un drama a partir de un simple choque de colectivos; de la tarea de convertir en tragedia una pelea conyugal; del deber de narrar de modo patético la historia de una menor fugada de su casa y de convencerla para que pose en una fotografía que saldría en "la Sexta"; en suma, de la nota sangrienta y truculenta para una sección de policiales, lo rescata Alberto Gerchunoff, quien, en marzo de 1928, lo convoca a participar, junto a otros escritores, de la fundación de un nuevo diario, un matutino que, todavía sin nombre, piensa lanzar Alberto Haynes.

De regreso

Y Arlt vuelve a la editorial Haynes, esta vez atraído por un ofrecimiento tentador: se trata de participar en la fundación del diario *El Mundo*, el primer tabloide del periodismo argentino, cuyo director, Alberto Gerchunoff, "abandonaba la cómoda posición de editorialista de *La Nación* para tentar la gran aventura. Pero, con seguro instinto, se había asegurado el regreso al diario que le diera nombre. Si la empresa fracasaba, él podía contar de nuevo con su viejo cargo en el diario de los Mitre. Así se había ajustado el trato en el que había de verse, o una gran generosidad para con el hombre que sale de madre para intentar su propia empresa, o bien una fina perspicacia de Jorge Mitre, que no le arrendaba ganancias a Gerchunoff como organizador y director de diario".⁷

Con seguro instinto entonces, Gerchunoff convoca a periodistas profesionales y a jóvenes escritores como Leopoldo Marechal, Conrado Nalé Roxlo, Amado Villar, Luis Emilio Soto, Roberto Arlt, Roberto Ledesma, Tomás Allenda Irragorri, Francisco Luis

Bernárdez, muchos de los cuales ya tenían alguna experiencia en el periodismo. Los primeros días de abril de 1928 comienza un período de génesis, de pruebas y repruebas, de tiradas secretas y misteriosas, que culminan en la mañana del 14 de mayo, cuando *El Mundo* sale a la calle. El periodista Armando Cascella recuerda que esa noche nadie descansó en el edificio de Río de Janeiro al 300 ya que después de una tarde de gran actividad, donde no faltaron los sobresaltos de último momento, la plana mayor de la editorial junto a redactores, fotógrafos, amigos y curiosos se concentraron en el departamento de máquinas para esperar, junto a las rotativas, la impresión del primer número.⁸ Y ese 14 de mayo, *El Mundo* se presenta a sus lectores:

Creemos que un diario de este tipo, distinto de los de aspecto tradicional, puede aspirar fácilmente a una posición en el periodismo argentino. Queremos hacer un diario ágil, rápido, sintético, que permita al lector percibir, por la imagen directa de los hechos y por la crónica sucinta y a la vez suficiente, todo lo que ocurre o todo lo que, de algún modo, provoca el interés público. En una palabra, queremos hacer un diario viviente en su diversidad y en su simultaneidad universal. Pero este sentido objetivo de los sucesos, que es un sentido esencialmente periodístico, adaptado al ritmo de celeridad que caracteriza a nuestro tiempo, no alejará de nuestro espíritu el concepto fundamental que debe dirigir a un órgano que busca el contacto con las masas populares y desea una difusión persistente y amplia.⁹

Pero las expectativas no se cumplen pues Gerchunoff, entregado a las letras y al periodismo estático que cumplía en *La Nación*, no estaba preparado para los trotes dinámicos de un diario que apostaba a los trajines de la prensa moderna. A los pocos meses, después de una pérdida considerable de avisos publicitarios y con un tiraje siempre en descenso, Gerchunoff renuncia a la dirección y en su reemplazo la editorial designa a Carlos Muzio Sáenz Peña, hasta entonces director de la revista *Mundo Argentino*, también editada por la editorial Haynes. Muzio Sáenz Peña reduce el precio del diario a la mitad (cinco centavos, único diario con este precio), inicia una intensa campaña de promoción para captar anunciantes, e introduce la sección "Ecos del día", a cargo de Nalé Roxlo, la historieta del Gato Félix —que traducen Villar y Marechal, sin saber inglés, guiándose sólo por las figuras—, y la columna titulada "Aguafuertes Porteñas", a partir del 5 de agosto.

De profesión: periodista

Porque hasta el cambio de director, Arlt escribe una nota por día, periodística, que aparece sin su firma y sin el título de "Aguafuertes Porteñas", más ligadas a la coyuntura diaria que a la viñeta costumbrista. En estas notas, Arlt comenta algún aspecto pintoresco de las noticias del día, generalmente aquellas crónicas vinculadas al mundo del delito, las pequeñas estafas, los accidentes en la vía pública, los delincuentes menores. A partir del 5 de agosto, la columna pasa a denominarse "Aguafuertes Porteñas"; el 14 de agosto, asoman las iniciales R. A. y, desde el 15 de agosto, el nombre propio, Roberto Arlt, irrumpe en la página. Con el nombre, avanza también la primera persona gramatical, pues si hasta entonces las afirmaciones pertenecían a un "nosotros" que alternaba con "el cronista de la nota", muy pronto Arlt asume una primera persona que convertirá este espacio periodístico en el lugar donde volcar opiniones propias, sostener posiciones muchas veces controvertidas e intervenir en las discusiones culturales del momento. Además, su nota sólo aparece en la página del editorial —"la joya intelectual del diario", según recuerdan otros periodistas— sino que su columna es, en estos primeros años de *El Mundo*, la única sección firmada: se trata, como recuerda González Lanuza, de "un lujo que pocos alcanzaban" porque "significaba fama inmediata".¹⁰

Con 28 años, Arlt consolida un lugar que es propio. Periodista profesional, con sueldo y horario fijos, su vida laboral —y su escritura— se ordenan de acuerdo a las leyes del mercado moderno. El tiempo rentado del periodismo socava y atenta contra la gratuidad del tiempo para la literatura, deviniendo en su contracara: si para los otros firmar en un diario de gran circulación como *El Mundo* es "un lujo" que pocos alcanzan, para Arlt el lujo está en la escritura de ficción. En el siempre citado prólogo de *Los lanzallamas* afirma:

Estoy contento de haber tenido la voluntad de trabajar en condiciones bastantes desfavorables, para dar fin a una obra que exigía soledad y recogimiento. Escribí siempre en redacciones estrepitosas, acosado por la obligación de la columna cotidiana. (...) Orgullosamente afirmo que escribir, para mí, constituye un lujo. No dispongo, como otros escritores, de rentas, tiempo o sedantes empleos nacionales. Ganarse la vida escribiendo es penoso y rudo. Máxime si cuando se trabaja se pien-

sa que existe gente a quien la preocupación de buscarse distracciones les produce surmenage.¹¹

En efecto: para Arlt, ganarse la vida escribiendo es penoso y rudo. El periodismo impone sus ritmos, sus tiempos, sus leyes, y Arlt se queja; se queja de la extensión de las notas, se queja del poco tiempo disponible para escribir; se queja de los apurones por los que tiene que pasar para dejar la nota lista; se queja de los lectores que envían una carta —que Arlt transcribe— pero que no cubre la totalidad de la columna; se queja de las interrupciones, de la falta de temas, de la abundancia de temas, de las pocas ganas que tiene de escribir... Para Arlt ganarse la vida escribiendo en un diario es penoso y rudo; y es penoso y rudo porque elige compararse con aquellos escritores que, al pertenecer a otra clase social, tienen el tiempo adecuado para escribir una literatura sostenida por las rentas familiares o el dinero obtenido en sedantes empleos nacionales. Arlt no se compara con el obrero ni con el empleado de clase media que diariamente ficha en una oficina; como señala Drucaroff, la mirada y la envidia están en los que ocupan los lugares de privilegio, "con el desprecio por los asalariados que trabajan en tareas no creativas (...), un desprecio hacia quienes hacen lo que él estaría haciendo si no fuera el talentoso niño terrible a quien el director paternal trata de gran escritor y emplea en un diario".¹²

No obstante las quejas, Arlt sabe que escribir para *El Mundo* es algo más que un intercambio de trabajo por dinero. Con sus "Aguafuertes Porteñas", Arlt obtiene compensaciones materiales concretas —el ansiado viaje a Europa en primera clase, por ejemplo—, las puertas siempre abiertas para difundir sus cuentos en otras publicaciones de la editorial Haynes —*El Hogar, Mundo Argentino*, la página dedicada a "El cuento de hoy" en *El Mundo*—, el reconocimiento permanente de su labor tanto periodística como literaria. Las ediciones de *Los siete locos* en 1929, *Los lanzallamas* en 1931, *El amor brujo* en 1932 y *El Jorobadito* en 1933, son profusamente anunciadas, comentadas y elogiadas en las páginas del diario.¹³ Su colega Pedro Juan Vignale, quien dirige la sección "Autores y Libros" hace un seguimiento permanente de sus actividades, invita a sus conferencias, publica adelantos de sus nuevos libros e informa la futura publicación de textos nunca escritos:

Roberto Arlt acaba de entregar al editor Samet los originales de un libro de cuentos que se titulará *Esther Primavera*. Ilustrará el volumen el dibujante Mirabelli.¹⁴

El próximo libro de Roberto Arlt, *El bandido en el bosque de ladrillos*, estará ilustrado por Mirabelli.¹⁵

Hoy en la sociedad cultural José Ingenieros, situada en la calle Andrés Bello 2339, nuestro compañero de tareas Roberto Arlt dará una conferencia a las 21 horas que versará sobre "Anécdotas de la vida de un periodista".¹⁶

Roberto Arlt publicará en mayo próximo su novela *El amor brujo* y luego comenzará a escribir otro libro del mismo género que se denominará *Los emboscados*.¹⁷

Roberto Arlt prepara una nueva pieza para estrenarla con la compañía del Teatro del Pueblo. Se llamará *Cuando ellos lleguen*; en el título se encierra, por ahora, un misterio. Aprovechará de la técnica de *300 millones* para desenvolverse con mayor facilidad en la escena. Será lo que en la jerga literaria se llama una obra de allento.¹⁸

Roberto Arlt entregará en breve a la imprenta su nueva novela *El pájaro de fuego* que es la continuación de *El amor brujo*.¹⁹

El diario invita a comprar sus libros y promociona las actividades del "compañero de tareas", tanto sus conferencias públicas y las reediciones de sus libros como el estreno de sus piezas teatrales en el Teatro del Pueblo. Asimismo, Arlt obtiene el privilegio de disponer de su tiempo y de su nota como más le plazca pues un director permisivo lo consiente. En este sentido, en el vínculo, no sólo laboral, que une a Arlt con Carlos Muzio Sáenz Peña se resumen las contradicciones con el medio para el cual trabaja. Porque el director es quien tiene, ante todo, el poder de censurar, de marcar los límites de los temas a publicarse, de imponer ciertas condiciones de trabajo que, díscolamente, Arlt sabe cómo no cumplir:

Ahora me explico por qué mi director siempre me dice: "Dejá una nota adelantada, Arlt". Yo no puedo negar que mi director tiene razón. ¡Cómo lo voy a negar si esa observación me la hace en paternalísimo tono! Pero el caso es que uno tiene fiaca (...) Ahora que llego al final, me pregunto, medio temeroso ¿el director no tirará la bronca con estos apurones míos? Hace una semana me reclama, paternalmente, la nota adelantada.

Yo le digo que sí, y me escurro en cuanto se descuida, porque si no me trinca, me hace sentar, y terminar la famosa nota adelantada. Y lo grave es que no puedo negar que tiene razón.²⁰

Aun jactándose de poder escribir libremente, Arlt denuncia que debe callar el setenta y cinco por ciento de las cosas que podría decir pues muchas veces el director manda su nota al canasto o tacha de una amplia plumada un trozo de nota. Porque así como años antes Güiraldes leyó y corrigió su primera novela, Muzio Sáenz Peña lee los borradores de sus notas periodísticas y corrige, también paternalmente, sus numerosos errores: "Todos los días del año —le responde a un lector—, puede usted encontrar al director leyendo mi nota entre doce y una de la madrugada. Lee despacio, poniendo los puntos y comas que yo me he olvidado, las 'h' que me he traspapelado, las 'c' y las 's' traspuestas del más fantástico modo".²¹ Y así como Güiraldes da nombre a su primera novela, Muzio Sáenz Peña es quien lo nombra escritor:

¡Ah periodismo!... Sin embargo, dígame lo que se diga, es lindo. Sobre todo, si se tiene un director indulgente, que lo presenta a las visitas con estas elocuentes palabras:
—El atorrante de Arlt. Gran escritor.²²

Porque es en las "Aguafuertes Porteñas" donde Arlt legítima su lugar de enunciación, consolida un público y saborea la certeza de interesarle a la gente, de saberse leído por miles de lectores, de "ser" a través de la escritura (y no del crimen). La escritura y un nombre propio, reconocido y popular, son las llaves para salir del anonimato al que lo condenaba su origen social, que lo diferencian de los también anónimos lectores que le envían cartas a la redacción: "¿Quiénes son estos que le hablan a uno, que le escriben a uno, que durante un momento abandonan, desde cualquier ángulo de la ciudad y la distancia su no existencia, y con algunas hojas de papel, con algunas líneas, le hacen sentir el misterio de la vida, lo ignoto de la distancia?"²³ "Estos" son los que no escriben; Arlt escribe porque le teme —quizá más que a otra cosa— a esa "no existencia".

Las "Aguafuertes Porteñas"

Durante todos los días de su vida, Arlt redacta una nota para *El Mundo*, un diario que, en pocos años, se afianza en el mercado periodístico con tirajes capaces de competir con los tradicionales matutinos pues ofrece un formato periodístico que es nuevo.²⁴ El manuable tamaño tabloide, ideal para leer en subtes y colectivos, se combina con un diseño moderno, bien cuidado, que conserva en todas sus ediciones el orden impecable de sus secciones y su diagramación. Dirigido a empleados de oficina, universitarios, amas de casa o comerciantes, *El Mundo* se presenta como un diario respetuoso de las buenas costumbres y de la moral social, y defiende los intereses del núcleo familiar, al que da respuestas a través de campañas de servicio público y social. Diario de tono medio para sectores medios, elige un registro mesurado y decoroso para narrar los acontecimientos políticos, policiales o deportivos, propone un lenguaje decente apto para ser leído en el seno del hogar y cuestiona el uso de expresiones excesivamente coloquiales. En este marco, los encontronazos de Arlt con la dirección del diario son frecuentes: por un lado, las cuestiones políticas quedan fuera de sus notas: "Me está prohibido meterme en política —le contesta a un lector—. Orden superior, y como usted sabe que donde manda capitán no manda marinerero, huelga todo comentario. Además el director dice que como siga tratando de ladronzuelos a los políticos, me van a matar; y quiere conservarme con vida para que siga produciendo notas *per secula seculorum*".²⁵ Por otro, tiene que defender, desde sus primeras notas, el uso del lunfardo y del caló porteño:

Mi director me ha pedido que no emplee la palabra *berretín* porque el diario va a las familias y la palabra *berretín* puede sonarles mal, pero yo pido respetuosamente licencia a las señoras familias para usar hoy esta dulce y meliflua palabra *berretín*.²⁶

Es por eso que dedica los primeros meses de su columna a demostrar la productividad narrativa del uso de un lenguaje popular y plebeyo que, si bien no es nuevo en el periodismo pues una larga tradición de escritores costumbristas lo precede —Fray Mocho, *Last Reason*, Félix Lima, entre otros—, provoca cierta incomodidad en un diario que pretende disputar lectores a los diarios serios como *La Nación* y *La Prensa*, y no a los diarios populares y sensacionalistas como *Crítica* o *Última Hora*. Porque, como seña-

la Carlos Correas, Arlt impone un lenguaje plebeyo en oposición al lenguaje culto y correcto: "súbito, emotivo o apasionado, en la injuria y en la erótica, el lenguaje plebeyo no tiene más que una única meta, loable e incluso valiosa: la comunicación, la solidaridad entre los hombres; puro producto del resentimiento, el lenguaje plebeyo es socavación del énfasis noble, no crea sino apariencias que perturban y despojan a las palabras cultas de su sentido propio". Arlt usa el lunfardo y los términos coloquiales como broma dirigida a la seriedad del periódico, tornando su uso en desafío y medición de fuerzas.²⁷

En esta cruzada, Arlt interviene también en una polémica sobre el idioma de los argentinos que excede los límites de la columna periodística pues se trata de un debate que, si bien se inicia con la generación del '37, exhibe momentos de dura confrontación durante los festejos por el centenario de la nación. Es en esos años cuando, frente a la proliferación de lenguas extranjeras en la babélica ciudad de Buenos Aires, la distorsión del idioma comienza a ser vivida como amenaza, y la función de la literatura cambia: como señala Piglia, a partir del impacto inmigratorio la literatura argentina asume como una de sus funciones la de preservar y defender la pureza de la lengua nacional frente a la mezcla, el entremetido, la disgregación producida por los inmigrantes.²⁸ Leopoldo Lugones es, en este sentido, el primero en encarar esta función de custodia de la pureza de la lengua, cumpliendo, como escritor, una función que es política. Si en la fonética se prueba la propiedad sobre la lengua, también para la vanguardia martinfierrista la adquisición natural del lenguaje no mediada por la represión de una lengua extranjera será la condición de una escritura argentina.²⁹ En la búsqueda de una lengua para la literatura argentina, es Jorge Luis Borges quien mejor define su especificidad al separar la voz nacional de su referente criollo. En enero de 1926, por ejemplo, afirma: "Fray Mocho y su continuador Félix Lima son la cotidianidad conversada del arrabal; Evaristo Carriego, la tristeza de su desgano y de su fracaso. Después vine yo (mientras yo viva, no me faltará quien me alabe) y dije antes que nadie, no los destinos, sino el paisaje de las afueras: el almacén rosado como una nube, los callejones. Roberto Arlt y José Tallón son el descaro del arrabal, su bravura. Cada uno de nosotros ha dicho su retacito del suburbio: nadie lo ha dicho enteramente".³⁰ Ante la suma de voces "diciendo" el arrabal, la voz que Borges propone no es ni castiza ni arrabalera, no está ni en el lunfardo ni en las letras de tango: el idioma de los argentinos está en la voz de los mayores, en Echeverría, Sarmiento, Vicente F. López, Mansilla, Wilde, porque

en ellos "el tono de su escritura fue el de su voz"; es la voz que "dijo bien en argentino", la voz de la charla porteña, la voz de los escritores de la tradición, la voz patricia.³¹ Mientras Borges acude al ideal estético de una voz argentina que sólo se halla en voces pretéritas,³² Arlt recurre a la mezcla desprolija y siempre cambiante de las voces de la calle. A las que, sin embargo, sistematiza en Diccionarios de filología lunfarda: en la definición de nuevas palabras —squenun, tongo, chamuyar, pechazo, berretín, furbo, garrón— o de nuevas expresiones —tirar la manga, tirarse a muerto, el manya orejas— Arlt ordena, clasifica, registra y organiza la caótica proliferación de términos coloquiales. Si bien las definiciones de su singular diccionario son altamente paródicas, sobre todo porque buscan reproducir el rigor científico en la definición de términos lunfardos (origen de la palabra, cambios semánticos, recurrencia del término), los microrrelatos que ejemplifican el uso de cada palabra, exhiben tanto los materiales con los cuales Arlt escribe como la inmensa productividad narrativa de la lengua plebeya. Arlt eleva el idioma de la calle, la lengua plebeya, a idioma nacional consolidando simultáneamente un lugar de enunciación dentro de las páginas de un diario y un lugar de enunciación, una entonación, dentro de la literatura argentina. Pero no es sólo esto: el escándalo de sus notas periodísticas —y también de su literatura— reside en que Arlt combina el uso de las voces de la calle con la exhibición constante de un saber literario, al que se suma la apropiación de discursos ajenos a la literatura, esos "saberes del pobre" que incorporan el léxico de la química, la física, la geometría, las ciencias ocultas, el magnetismo, la teosofía, para representar una subjetividad, un paisaje, una acción.³³

Porque efectivamente, las "Aguafuertes Porteñas" son el lugar de la exhibición pública, un espacio desde el cual mirar a los otros —a quienes, como a las palabras, también se clasifica mediante tipologías— y también se es mirado. Arlt sabe que detrás de su nombre, de "esas cuatro letras inexpresivas", no hay nada: no hay antepasados que hayan peleado en las guerras de la independencia, no hay escritores ilustres, no hay más que un pasado inmigratorio cuyos orígenes tampoco son claros. Por eso exhibe, con vanidad, saberes y lecturas: "Yo he leído muchas novelas. He empezado a leerlas a los 12 años, tengo 28. Así que hace dieciséis años que leo a un término medio de cincuenta libros al año, lo cual significa seiscientas novelas. He leído muchas más, pero esto es el mínimo".³⁴ La exhibición de lecturas ocupa el lugar que, ni por linaje ni por adquisición, pueden otorgar otros títulos. Arlt escribe a partir de un vacío que debe ser colmado con los libros y los

autores que menciona.³⁵ Antes de él no hay nada que autorice su texto, sino que ese vacío se llena con los libros que ha leído y con la exhibición de la cantidad de lo que escribe, como si los números pudieran traducir el valor material de una escritura:

A veces me he puesto a pensar en los metros que he escrito. Ciento treinta y tres metros de prosa hasta la fecha. ¡Ciento treinta y tres! Cuando me muera ¿cuántos kilómetros de prosa habré escrito?³⁶

Un año. Trescientas sesenta y cinco notas, o sea ciento cincuenta y seis metros de columna, lo cual equivale a 255.500 palabras. Es decir, que si estos ciento cincuenta y seis metros fueran de casimir, yo podría tener trajes para toda la vida.³⁷

Esta exhibición le otorga una visibilidad que muy pocos escritores poseen y lo pone en contacto directo con sus lectores, quienes le envían cartas o lo visitan a la redacción. Muchas veces, la crítica ha señalado el carácter ficticio de las cartas de lectores que Arlt transcribe. Sin embargo, en los años veinte, en el marco de la creciente despersonalización introducida por los medios masivos, los diarios despliegan diferentes estrategias que apuntan a reconstruir aquellos lazos sociales que la misma sociedad mediática está poniendo en peligro. El edificio de los diarios funciona como sede de encuentro entre periodistas y lectores, que acuden a los cronistas con las más diversas demandas, desde la búsqueda de empleo hasta la denuncia de malos tratos en ámbitos laborales, desde la solución a un pleito matrimonial hasta el reclamo de una investigación sobre malversación de fondos públicos. Asimismo, la presencia de los lectores en las páginas del diario ocupa, día a día, un lugar importante: los lectores escriben y opinan, protestan y levantan la voz, participan en las encuestas que organizan los diarios y envían su colaboración a las secciones que así lo demandan. *El Mundo*, por ejemplo, tiene una sección denominada "El maestro en el aula" en la que convoca a los docentes a enviar por escrito el contenido de sus clases o el análisis sobre la incorporación de nuevos métodos de enseñanza, y otra llamada "El niño en la escuela" en la que se invita a los estudiantes a enviar sus mejores trabajos escolares.

No es de extrañar, entonces, que Arlt reciba cartas, muchas cartas, en las que los lectores lo felicitan, le mandan temas para sus notas, le hacen comentarios sobre notas ya publicadas y también, por qué no, lo insultan: "En la Dirección se recibieron, hace

algunos días, dos cartas anónimas. En una lo ensuciaban admirablemente al autor de la página literaria que había salido el domingo en *El Mundo*, y en el otro lo ponían como palo de gallinero al que suscribe. A mí, que me ensucien no me extraña, y menos que las dichas cartas vayan dirigidas a personas que me llaman, y riéndose, me dicen: Veá, Arlt: el anónimo que me escriben es contra usted".³⁸ Son las cartas de los lectores las que muchas veces desencadenan una nota: "Cada carta con una propuesta sobre qué escribir es como una ayuda gratis y oportuna en esta tarea del yugar diario. Manito cordial, desinteresada que, cuando uno está con fiaca, aburrido, sin saber sobre qué escribir porque el mundo de las crónicas parece que con la abulia se ha agotado, llega de pronto a levantarle la imaginación, a disolver la modorra, y uno se siente interesado con el tema que la carta del desconocido lector ha traído y entonces, agradeciendo al diablo que le haya enviado un colaborador, se siente a la Underwood, mira de reojo la carta, cavila tres segundos el tema y, de pronto, las teclas empiezan a resonar".³⁹ Y también investigaciones periodísticas de mayor alcance. Tal es lo que sucede en diciembre de 1932, cuando Arlt recibe reiteradas denuncias sobre el mal funcionamiento de los hospitales públicos. Dos meses antes, en setiembre de ese año, Arlt ya había realizado una pequeña investigación periodística en el Depósito Policial de Menores. En ese momento, y con un permiso otorgado por la Jefatura de Policía, Arlt había recorrido durante varios días los pabellones del establecimiento, entrevistando al director, a los menores detenidos, a los maestros y a los celadores, para denunciar la irresponsabilidad de los jueces y la monstruosidad de un sistema que en lugar de prevenir el delito, lo genera:

De lo que he escrito anteriormente, se desprende que la institución es un desastre. No llena ningún fin, como no sea engrosar las filas de la futura delincuencia. Todo chico que en un momento de estupidez cometa una travesura peligrosa está amenazado por la justicia (que se propone corregirlo) de ser encerrado allí, para que allí, en vez de corregirse, se eche definitivamente a perder. (...) Encerrar a un chico porque ha robado una botella de vino o no ha devuelto la bicicleta que había alquilado, en compañía de otro menor que psíquicamente es un delincuente nato o un degenerado, es un contrasentido que no tiene nombre. Y más contrasentido lo es si se considera que jueces, maestros, directores de establecimientos de esta naturaleza, no creen en la eficacia del procedimiento.⁴⁰

En diciembre de 1932, Arlt decide encarar las cosas de otra manera. Después de pedir autorización a la dirección de *El Mundo* para realizar una investigación periodística, dedica cuarenta y cinco días a recorrer los hospitales municipales acompañado por un joven médico, ligado a los estudiantes a cargo de las prácticas hospitalarias. Para evitar falsos informes, se introducen en los hospitales sin permiso y con una identidad falsa: mientras que para los enfermos Arlt es un estudiante de medicina, a los enfermeros y enfermeras les dicen ser enviados municipales. En los catorce hospitales recorridos, Arlt conversa con los enfermos, exige datos a los médicos, coteja las versiones y principalmente, observa, observa con suma atención, el estado de higiene y de seguridad de los pabellones. Una vez cerrada la callada investigación, comienza la denuncia. Durante los dos primeros meses de 1933, Arlt publica una nota diaria titulada "Hospitales en la miseria" donde denuncia el caótico estado de los hospitales municipales. Se trata de notas que conjugan la fría objetividad de los datos sobre el número de camas, la cantidad de enfermeros por sala o la disponibilidad de remedios, con la intensa narración de un relato de un realismo naturalista que busca conmover a quien lo lee:

El pabellón de leproso es el infierno. Si uno ha tenido el coraje de entrar una vez, tiene que hacer esfuerzos para no desmayarse. Hay instantes en que se cree que se va a caer al suelo... Pero el miedo de rodar sobre el suelo sembrado de lepra, lo mantiene en pie. Ni a respirar se atreve uno. Una suciedad espantosa. Suciedad en los suelos, en las paredes, en las escaleras. Camas en los corredores. Leprosos que fríen huevos o una tortilla en una Primus colocada encima de una cama... Pedazos de seres humanos en descomposición, que les da un color violeta. (...) Esto es un amontonamiento de cadáveres vivientes, podridos en distinto grado, con todas las coloraciones de la descomposición orgánica, amontonados a la buena de Dios para que terminen de morirse de cualquier manera.⁴¹

El eje de la campaña es señalar la criminal indiferencia de la Intendencia frente a una depresión económica que ha transformado a los hospitales en derruidas barracas de cemento donde los enfermos quedan abandonados a su suerte; pero también, advertir de la incidencia política en el nombramiento de médicos y enfermeras, y del mecanismo de desigualdad social que avala que personas de dinero se atiendan en los hospitales públicos. El impacto de sus notas es altísimo. Sus aguafuertes se pegan en las paredes de las

salas de los hospitales, promoviendo en algunos casos verdaderas rebeliones de enfermos, y por primera vez, su palabra escrita suscita cambios y provoca hechos. Mientras que en el Hospital Alvear el jefe de una de las salas exige su renuncia al médico que colaboró con Arlt en la investigación por considerar que "los artículos aparecidos en *El Mundo* hundían para siempre al Hospital Alvear y eran una ofensa para su cuerpo médico",⁴² en otros hospitales Arlt descubre, una vez publicada su nota, cambios concretos: más limpieza, mayor número de enfermeras, la habilitación de nuevas salas. Los poderes públicos, verdaderos destinatarios de la denuncia, también reaccionan: en julio de 1933, en el debate sobre los hospitales municipales que se da en el Concejo Deliberante, provocado tanto por las notas de Arlt como por una serie de denuncias publicada en *La Prensa*, el concejal José F. Penelón —uno de los fundadores del Partido Socialista Internacional, que a fines de 1920 toma el nombre de Partido Comunista, y uno de los iniciadores del comunismo en América Latina— cita los artículos de Arlt como documentos y pruebas del desquicio hospitalario.

La preocupación por el estado de los hospitales públicos será una de las constantes en la tarea periodística de Arlt. Todavía en 1939, seis años después de esta primera intervención, Arlt recorrerá nuevamente los hospitales: "Como entonces, interrogué otra vez a enfermos, enfermeros, médicos de sala y directores".⁴³ Y como entonces, en 1939 Arlt denunciará al gobierno municipal por su incapaz y negligente gestión pública, y por ser el único responsable del desquicio del sistema hospitalario. Sin embargo, seis años después los argumentos serán otros; seis años después tratará de demostrar que el empobrecimiento de la clase media ha conducido a los hospitales públicos a personas que con anterioridad asistían a los sanatorios privados, y que esa afluencia de pacientes no sólo ha dejado sin cama y sin atención a los verdaderos necesitados sino que institucionalizó para todos el sistema del donativo, esto es, la medicina paga.

El conocimiento de las condiciones materiales en que se vive y se muere en la ciudad de Buenos Aires, o tal vez la certeza de que las "Aguafuertes Porteñas" inciden en quienes las leen, llevan a Arlt a denunciar también los efectos de una modernización urbana que se juzga despareja. Desde abril de 1934, y por varios meses, Arlt se dedica a caminar la ciudad de otra manera; acompañado por un fotógrafo del diario, recorre los barrios periféricos donde percibe, ya no grados de diferenciación entre el centro y los barrios, sino verdaderos abismos sociales. En esta campaña periodística, titulada "Buenos Aires se queja", Arlt parte de una constatación,

que se convierte en la base de su denuncia: "A los del centro, todo; a los de la orilla, nada".⁴⁴ Camina por calles embarradas, visita escuelas que funcionan en edificios ruinosos, entra en las denominadas casas baratas, y le da la voz a una ciudadanía que se queja. Se entrevista con los miembros de las sociedades de fomento, lee los diarios parroquiales y las cartas que le envían vecinos de lugares remotos, estudia los artículos del Digesto Municipal, coteja la reglamentación con los datos que obtiene de sus observaciones, revela los negociados municipales. La ciudad se queja, dice Arlt en sus notas dirigidas a la Municipalidad y al Concejo Deliberante, y se queja porque aunque los propietarios paguen sus impuestos, la basura se sigue acumulando en las calles de tierra. Se queja porque no hay escuelas ni hospitales, y porque cuando los hay, sus condiciones son deplorables. Y se queja, sobre todo, porque "los concejales municipales decretan la repavimentación de las calles de los barrios preferidos",⁴⁵ mientras que en las calles de la periferia, como Triunvirato, "hay marcos de hierros tirados por el suelo, tanques de nafta de automóviles, troncos de palmera, gatos muertos, trapos en definitivo desuso, zanjas laterales que tienen profundidad de riachos, veredas de menos de un metro de ancho, caminitos que suben y bajan".⁴⁶

El cambio urbano posterior a la crisis del treinta repercute en la escritura arltiana y politiza su mirada sobre la ciudad. Arlt asume el rol de un periodista que usa la visibilidad de sus notas para denunciar y señalar un sistema equivocado. La carga moral y por momentos puritana que siempre tuvieron sus notas encuentra ahora salidas y resoluciones más concretas. Porque si bien Arlt siempre señaló los malos usos y costumbres tanto de altas autoridades como de vivillos y pequeños estafadores, recién en los treinta puede incidir sobre ellos; si siempre se mostró muy molesto por los modos en que políticos, abogados, manosantas y curanderos hacían uso del desamparo, el poder de su columna le permite incidir en ellos. Por lo tanto, cuando a mediados de 1934 recibe reiteradamente volantes de adivinas y curanderas que promocionan sus servicios, ya no se limita a escribir una aguafuerte sobre el tema, sino que se dirige al partido de Avellaneda para ver de qué se trata. Al azar elige a la adivina Adela Sander, quien atiende en una casa de la calle Maipú, y le solicita una entrevista. Luego de pagar dos pesos y esperar en una sala atestada de gente, lo recibe la adivina quien, haciendo gala de su oficio, "adivina" la mentira negándose a atenderlo. Arlt se retira dispuesto a visitar a otras cuenteras y acusa a la policía de Avellaneda por admitir la existencia de este libre comercio:

Realmente la policía de Avellaneda es genial. Misteriosos motivos, quizás frenéticos impulsos hacia el espiritismo y la psicología, impulsan a los comisarios de la Chicago porteña a tolerar que dichas aventureras exploten la credulidad pública y la tontería colectiva. No es posible suponer que el comisario de Avellaneda ignore las actividades de sus inquietantes vecinas. Menos con el reparto de publicidad impresa (...) Realmente, las autoridades policiales de Avellaneda resultan indirectamente protectoras de estas solemnes descaradas, cuya publicidad se infiltra y apesta a la capital federal.⁴⁷

El impacto de la denuncia de Arlt es inmediato: esa misma noche, la policía de Avellaneda allana varias casas y detiene a cinco adivinas. Con falsa modestia, Arlt pide disculpas —“Siento mucho haber sido el culpable inocente de esta medida, que afecta a la industria cazadora de merlos, pero que representa una plausible medida de higiene moral en Avellaneda Sur. Riachuelo”⁴⁸— y ratifica que escribir produce efectos; que escribir trae consecuencias.

No es la primera vez que Arlt alerta a la sociedad y pide la intervención de la policía por temas similares: ya en *Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires* Arlt celebraba la intervención de la fuerza pública: “Es doloroso y la realidad lo será aun más, si la colectividad no trata de poner un freno o una ley a estas agrupaciones, donde germina una futura y delicada degeneración. Es de aplaudir la actitud de la policía, que no ha mucho clausuró una Escuela de Magia situada en la calle Callao y Corrientes”.⁴⁹ En la dura condena a la farsa que se esconde en los centros de ocultismo o en las oficinas de una adivina, Arlt no tiene reparos en reclamar el contundente apoyo de la fuerza pública. El pedido de intervención que Arlt realiza catorce años después de su primer texto corrobora que su posición con respecto a quienes engañan atribuyéndose falsos conocimientos es la misma y que lo único que ha variado es el lugar desde el que se denuncia: en 1934, la demanda escrita por Arlt ya no es la expresión de deseo de un todavía adolescente de barrio, sino la exigencia de un conocido escritor y periodista “que se responsabiliza con su firma por lo que dice”. Y en este sentido, la ratificación de la demanda de una intervención policial borra la ambigüedad que su primer texto podía generar, en una ambigüedad que Horacio González esboza bajo la forma de una pregunta: “¿Estamos seguros de poder ubicar su llamado a las fuerzas del orden como una ironía pubescente, el

acto donde un 'raciocinio' se divierte e ironiza sus ridículas ansias de autoridad?”.⁵⁰ Catorce años después no hay lugar para la ironía en sus ansias de autoridad: Arlt produce la intervención policial por medio de su palabra pues el lugar desde el que escribe permite que una denuncia sea efectiva.

Fiscal de pobres, engañados, o enfermos: a lo largo de estas investigaciones, Arlt se construye frente a la mirada de sus lectores como un periodista atento a los más mínimos reclamos, como un periodista en quien cualquier lector, luego de enviar una carta o de realizar una llamada telefónica, encuentra a un interlocutor confiable que se hará cargo de sus problemas. Además de chico terrible, además de escritor disconforme, la productividad de este rasgo en la configuración de su imagen pública es alta y perdura en una memoria que excede a su época: todavía en los párrafos finales de la novela *Nada que perder* de Andrés Rivera, publicada en 1982, un Arlt periodista sale de su oficina cuando escucha las protestas de un grupo de mujeres que han ido al diario. La acción transcurre en 1938. Esposas e hijos de militantes sindicales presos van al diario *Crítica* a pedir, por su intermedio, que el presidente Ortiz no aplique la ley de Residencia a sus maridos. Están nerviosas por la espera, porque nadie las atiende, porque los chicos tienen hambre; una de ellas golpea las puertas, grita:

Un hombre de fuertes mandíbulas abrió una puerta y preguntó, vieja, ¿qué hacés acá?

Querido, te manda Dios, y la vieja Molessini le contó al hombre de las fuertes mandíbulas qué hacíamos allí, en esa sala iluminada, en ese mediodía febril de diciembre. El hombre, que tenía una cara dura y pálida, escuchó a la vieja Molessini, las manos apoyadas en el borde de una mesa ovalada, la cabeza caída sobre el pecho.

Está bien, vieja, dijo el hombre de la cara dura y secreta, y le oímos el crujido de las mandíbulas. Yo arreglo esto, y abrazó a la vieja Molessini, y nos miró, y se fue.

Gracias querido, gritó la vieja Molessini a una puerta que se cerraba.

Al rato, llegó un mozo con una bandeja de sandwiches y bebidas. Alguien preguntó quién era ese hombre hosco de cara pálida y dura.

La vieja Molessini, con una sonrisa en la que resplandecía el orgullo, como cuando le contaban las paradas viriles de sus

hijos en los barrios bravos de Rosario, respondió:
Ehhh, Roberto Arlt, un amigo nuestro.⁵¹

Aunque la referencia es históricamente errónea pues, como se señaló, en 1938 Arlt no trabaja en *Crítica* sino en *El Mundo*, la cita revela que la imagen de *Crítica* como "diario del pueblo" y la intervención de Arlt como periodista atento a los reclamos de sus lectores, forman parte de un mismo recuerdo. Del costumbrismo a la denuncia, de aguafuertista a fiscal, la trayectoria de Arlt en el periodismo de los años treinta acompaña el movimiento que la prensa en su conjunto está realizando. Con el arribo del general Agustín P. Justo a la presidencia del país en 1932, se inicia una nueva fase en el periodismo argentino que se caracteriza por la politización en sus modos de intervenir en la esfera pública.⁵² El clima político enrarecido por la proscripción de partidos y el fraude electoral, por el crecimiento de las agrupaciones nacionalistas y por la abstención del partido mayoritario, como también por una realidad internacional convulsionada por la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial, incide fuertemente en los debates internos. En este escenario político, cultural y social, la autonomía del campo periodístico es otra y las estrategias de intervención pública difieren de las ya desplegadas en la década del veinte. La historia del periodismo argentino y la historia de Arlt coinciden y se superponen; leer una sin leer la otra es empobrecer a ambas.

NOTAS

¹ Roberto Tálice, *100.000 ejemplares por hora*, Buenos Aires, Corregidor, 1989.

² Ricardo Ragendorfer, "La verdadera historia del Rufián Melancólico" en *Pstas*, 6 de junio de 1997.

³ "Crítica: me voy a suicidar; vivo en Uruguay n° 694. Fotógrafo y redactor tuvieron que luchar a brazo partido para hacerla disuadir de su propósito. Primero los había amenazado de muerte. A nuestro requerimiento, intervino al final la policía", en *Crítica*, 5 de abril de 1928.

⁴ Partida de defunción n° 210, folio 841355, otorgada por el Registro del Estado Civil y Capacidad de las Personas, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, República Argentina. La calle Canalejas es, actualmente, la calle Felipe Vallese.

⁵ Raúl Larra, *Roberto Arlt, el torturado*, Buenos Aires, Ameghino, 1998; pág. 41.

⁶ Roberto Arlt, "Ricardo Güiraldes en la intimidad" en *Crítica*, 10 de octubre de 1927.

⁷ Alberto Pineta, *Verde memoria*, Buenos Aires, Zamora, 1962.

⁸ Armando Cascella, "El alba de un diario moderno", en *El Diario*, número especial dedicado a la historia de la prensa argentina, setiembre de 1933.

⁹ "He aquí nuestro diario" en *El Mundo*, 14 de mayo de 1928.

¹⁰ Eduardo González Lanuza, *Roberto Arlt*, Buenos Aires, Ceal, 1971.

¹¹ Roberto Arlt, "Palabras del autor" en *Los lanzallamas*, Buenos Aires, Losada, 1977.

¹² Elsa Drucaroff, *Arlt: profeta del miedo*, Buenos Aires, Catálogos, 1998; pág. 360.

¹³ Las reseñas publicadas en *El Mundo* son: "Al margen de la locura" (reseña de *Los siete locos*), el 3 de diciembre de 1929; "Los siete 'colos' de Roberto Arlt, por Last Reason", el 16 de diciembre de 1929; la reseña de *El amor brujo* de Pedro Juan Vignale, el 8 de agosto de 1932; la reseña de *El Jorobadito* de Horacio Rega Molina, el 23 de octubre de 1933.

¹⁴ *El Mundo*, 24 de noviembre de 1929.

¹⁵ *El Mundo*, 29 de junio de 1930.

¹⁶ *El Mundo*, 9 de setiembre de 1931.

¹⁷ *El Mundo*, 4 de enero de 1932.

¹⁸ *El Mundo*, 11 de julio de 1932.

¹⁹ *El Mundo*, 9 de marzo de 1934.

²⁰ Roberto Arlt, "Una excusa: el hombre del trombón" en *El Mundo*, 29 de enero de 1930. Recopilada en Roberto Arlt, *Aguafuertes Porteñas*, Buenos Aires, Losada, 1958.

²¹ Roberto Arlt, "La censura", en *El Mundo*, 23 de julio de 1930. Recopilada en Roberto Arlt, *Cronicon de mí mismo*, Buenos Aires, Edicom, 1969.

²² Roberto Arlt, "Una excusa: el hombre del trombón" en *El Mundo*, 29 de enero de 1930.

²³ Roberto Arlt, "Sobre la simpatía humana" en *El Mundo*, 31 de enero de 1930. Recopilada en Roberto Arlt, *Aguafuertes Porteñas*, op. cit.

²⁴ A diferencia del resto de los periódicos de las primeras décadas del siglo veinte que se imponen en el mercado después de varios años de circulación, *El Mundo*, como el siguiente cuadro lo indica, triplica su tiraje diario en su primer año de vida, convirtiéndose en el tercer periódico de la mañana:

Promedio de circulación diaria en *El Mundo* (publicado en *El Mundo*, 4 de noviembre de 1929)

Octubre de 1928 40.000 ejemplares

Abril de 1929 89.500 ejemplares

Octubre de 1929 127.000 ejemplares

²⁵ Roberto Arlt, "Contestando a los lectores" en *El Mundo*, 26 de octubre de 1930.

²⁶ Roberto Arlt, "¿Soy fotogénico?" en *El Mundo*, 7 de agosto de

1928. Recopilada en Roberto Arlt, *Notas sobre el cinematógrafo*, Prólogo de Jorge B. Rivera, Buenos Aires, Simurg, 1997.

²⁷ Carlos Correas, *Arlt literato*, Buenos Aires, Atuel, 1996; págs. 107 y 111.

²⁸ Ricardo Piglia, *Respiración artificial*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

²⁹ Beatriz Sarlo, "Vanguardia y criollismo: la aventura de Martín Fierro" en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, Ceal, 1983.

³⁰ Jorge Luis Borges, "La pampa y el suburbio son dioses" en *Proa*, n° 15, enero de 1926. Recopilado en *El tamaño de mi esperanza*, Buenos Aires, Proa, 1926.

³¹ Jorge Luis Borges, "El idioma de los argentinos" en *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires, Gleizer, 1928.

³² Jorge Monteleone, "La voz deseada" en *Espacios de crítica y producción*, n° 6, octubre-noviembre de 1987.

³³ Tomo la noción de "los saberes del pobre" de Beatriz Sarlo, "Guerra y conspiración de saberes" en *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

³⁴ Roberto Arlt, "El cementerio del estómago" en *El Mundo*, 29 de enero de 1929.

³⁵ Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, op. cit.

³⁶ Roberto Arlt, "El Buscamuertos" en *El Mundo*, 9 de marzo de 1929. Recopilada en Roberto Arlt, *Aguafuertes Porteñas: Buenos Aires, vida cotidiana*. Selección y prólogo de Sylvia Saïtta, Buenos Aires, Alianza, 1993.

³⁷ Roberto Arlt, "¡Con ésta van 365!" en *El Mundo*, 14 de mayo de 1929. Recopilada en Daniel Scroggins, *Las Aguafuertes Porteñas de Roberto Arlt*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1981.

³⁸ Roberto Arlt, "Arte de escribir anónimos" en *El Mundo*, 20 de noviembre de 1929.

³⁹ Roberto Arlt, "El lector que manda tema para crónicas" en *El Mundo*, 7 de diciembre de 1928.

⁴⁰ Roberto Arlt, "Escuela Primaria de Delincuencia (Fin)" en *El Mundo*, 29 de setiembre de 1932. Recopilada en Roberto Arlt, *Tratado de la delincuencia*. Compilación y prólogo de Sylvia Saïtta, Buenos Aires, Página/12, 1996.

⁴¹ Roberto Arlt, "Hablan los leprosos" en *El Mundo*, 15 de enero de 1933.

⁴² Carta del doctor Juan Naim, reproducida en *El Mundo*, 25 de enero de 1933.

⁴³ Roberto Arlt, "La cama de hospital se ha convertido hoy en un artículo precioso" en *El Mundo*, 9 de agosto de 1939.

⁴⁴ Roberto Arlt, "Escuela costada por vecinos" en *El Mundo*, 10 de abril de 1934.

⁴⁵ Roberto Arlt, "Dos pavorosas escuelas en Villa Devoto" en *El Mundo*, 27 de marzo de 1934.

⁴⁶ Roberto Arlt, "La avenida del gato muerto" en *El Mundo*, 5 de abril de 1934. Recopilada en Roberto Arlt, *Aguafuertes Porteñas: Buenos Aires, vida cotidiana*, op. cit.

⁴⁷ Roberto Arlt, "No me dio corte..." en *El Mundo*, 8 de agosto de 1934.

⁴⁸ Roberto Arlt, "La policía de Avellaneda se apuntó un poroto" en *El Mundo*, 9 de agosto de 1934.

⁴⁹ Roberto Arlt, *Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires en Nuevas Aguafuertes*, Buenos Aires, Losada, 1975; pág. 136.

⁵⁰ Horacio González, *Arlt. Política y locura*, Buenos Aires, Colihue, 1996; pág. 120.

⁵¹ Andrés Rivera, *Nada que perder*, Buenos Aires, Ceal, 1982; págs. 139-140.

⁵² Véase Sylvia Saïtta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.